

La construcción del camino lector

Laura Devetach



**Ministerio de Educación**
Presidencia de la Nación

NOEMI

La construcción del camino lector



Nº 7907

Dirección General de Escuelas
Dirección de Enseñanza Media
Esc. N° 4 "Antonio Garón"
La Plata - Salta - 5600 San Rafael - Mz

Laura Devetach

La construcción del camino lector



N° 7907

Dirección General de Escuelas
Dirección de Enseñanza Media
Esc. N° 4 "Antonio Garbón"
Merlín y Salta 5600 San Rafael Mzr



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

comunicarte

La construcción del camino lector

© 2012, Laura Devetach

© 2012, Editorial Comunicarte

Colección **Pedagogía y Didáctica**, dirigida por Silvia Vázquez

Primera edición: julio de 2008

Primera reimpresión: octubre de 2009

Segunda reimpresión: mayo de 2012

ISBN 978-987-602-073-2

comunicarte

Ituzaingó 882 - Planta Alta

X 5000 IJR - Córdoba - Argentina

Tel/fax: (0351) 4683460

editorial@comunicarteweb.com.ar

www.comunicarteweb.com.ar

Ilustración de tapa: Noemí Quispe, 11 años. Publicada en "La noche es sueño",
Fábrica de Libros Benteveo del Taller literario "Cuentos con sol".

Patronato de la Infancia de Bahía Blanca, Noviembre de 1996, abril de 2007,
coordinado por Mirta Colángelo.

Se terminaron de imprimir 9.000 ejemplares en Triñanes Fotocromos S.A.,
Charlone 971, Avellaneda, Buenos Aires, Argentina a 27 días del mes de abril de 2012.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina - *Published in Argentina*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito de los titulares del *copyright*. Su infracción está contemplada por las leyes 11.723 y 25.446.

Devetach, Laura

La construcción del camino lector / dirigido por Silvia Vázquez ; con prólogo de Ana Siro. - 1a ed. - Córdoba : Comunic-Arte, 2008.

144 p. ; 21x15 cm. - (Pedagogía y didáctica)

ISBN 978-987-602-073-2

1. Talleres de Lectura. I. Vázquez, Silvia, dir. II. Siro, Ana, prolog. III. Título
CDD 028.9

Fecha de catalogación: 14/07/2008

A Fontanarrosa que de poesía supo enseñarnos un poco.

Inodoro: — "La niebla es el aire, cuando se cansa de que no lo vean"...

¿Lo anotó, Mendieta?

Mendieta: (asintiendo) — "Junto a: El viento es el aire hecho a empujones".

Revista *Viva, Clarín*. 22 de julio del 2007

Índice

Prólogo	11
Para empezar	13
La construcción del camino lector	17
Un camino más cercano de lo que se cree	17
Textos internos, textos externos:	
¿qué hacemos con ellos?	21
Mujeres trabajando	25
Algunas puntas de este ovillo	31
De lo personal a lo colectivo	34
Hacia una lectura privada y autónoma, hacia una sociedad que pueda empezar a leer	43
Estar en poesía	49
Ser y estar en poesía	49
Una forma de estar en el mundo	50
El equipaje poético	52
Mujeres, lectura, poesía	54
Poesía de la vida cotidiana	59
La niñez, fuente poética	61

Poemas que no se escriben con palabras	65
El proceso creador: los “qué sé yo” de la escritura	67
El texto y su narración	75
Caminando hacia la literatura: leer ficción, leer poesía	81
Explorar, elegir, descartar	81
Literatura, prejuicios y mercado	84
¿Cuál es el lector seguro?	87
Literatura e ideología	90
Impacto Quiroga	93
Tiempo leído	97
Los textos que nadie nos puede quitar	97
El espacio poético y todo lo que en él cabe	102
Todo lo que en él cabe	106
Reflexiones finales	115
Pinocho en la calle otra vez	121
Algunas ideas sobre la censura	131
Textos literarios citados	137
Bibliografía de referencia	139
Trabajos de referencia de Laura Devetach	141

Prólogo

Las ideas contenidas en este libro y convertidas en palabras por Laura Devetach fueron rumiadas durante años y me consta en un buen tramo de ese camino. Son mucho más que ideas en palabras, tienen textura, huelen a naranjas, han sido delineadas en sofocones de la hora de la siesta provinciana y citadina, al fragor de los intercambios en talleres con palabreras.

Son ideas que tienen cuerpo y tienen vuelo. Poseen la levedad de lo que se comprende al rozar de la piel y la solidez de las ideas en palabras que retornan una y otra vez cuando uno menos las espera. Un entramado entre el ensayo y lo poético que sorprende por su sencillez y su profundidad.

He tenido el honor de participar del proceso de organización de este libro retocando alguno que otro hilo de la trama, intercalando los tejidos. Trabajo de artesana de la escritura al servicio de una artista que va dejando huella generación tras generación.

LA CONSTRUCCIÓN DEL CAMINO LECTOR llega a ustedes como ofrenda y como provocación hacia nuevos rumbos, atajos, caminos secretos personales que ustedes puedan y quieran transitar de la mano irreverente del deseo por la palabra propia y la ajena. Todo de la mano de Laura, que siempre garantiza un indispensable espacio para lo inquietante, para la incertidumbre.

Ana Siro

Primavera de 2007, Buenos Aires

Para empezar

Se reúnen en este libro ponencias, conferencias y materiales elaborados para talleres, de muy largo tiempo: desde los '80 hasta 2006. En la actualidad son trabajos revisados y profundizados sobre el mismo hilo conductor: la convicción de que quienes nos dedicamos a la lectura, la ficción, la poesía, la escritura, la cercanía con los libros lo podemos hacer desde la toma de conciencia de la existencia de un imaginario colectivo que hace pie en la cultura de la vida cotidiana. La convicción de que podemos instalar una mirada crítica sobre esa cultura y sus sistemas de relaciones. Y desde allí, seguir hasta donde se pueda a sabiendas de que trabajamos en el terreno de las incertidumbres.

Quizás la forma más directa de empezar sea formularnos preguntas obvias y otras no tanto: ¿hemos escuchado cuentos?, ¿tenemos palabras que no escribimos nunca?, ¿podemos, todos, leer y escribir?, ¿el mejor momento de lectura fue con el mejor libro?, ¿cuál es la palabra propia?, ¿tengo dobles discursos?, y tantas más.

Si recorremos el equipaje de palabras, historias, canciones, poemas, ritmos, recuerdos, dichos, sonidos de la infancia, etcétera, que probablemente cada uno de nosotros cree no tener —y si lo tiene no le da importancia, o hasta lo esconde—, vamos a descubrir la punta de un gran ovillo. Ovillo que atesora los hilos que dan sentido al imaginario de cada persona. Los imaginarios convergen y esta convergencia de mundos internos y externos, dan sentido al imaginario colectivo de una familia, de una región, de un país.

Los actuales criterios de globalización hacen que se descalifique aún más ese bagaje privado y compartido. El problema es poder operar y reflexionar sobre el interjuego de estos elementos, sobre nuestra/mi lengua, nuestra/mi escritura, nuestra/mi lectura, aquí y ahora. Necesitamos quizás vislumbrar y construir nociones de identidad, pertenencia y conciencia crítica.

Al concretar estas ideas me di cuenta una vez más de la eficacia y el amparo que nos dan las pequeñas comunidades que vamos formando a través de los lazos afectivos y de los intereses compartidos. Comunidades que pueden pasar inadvertidas como lugares de intercambio profesional, pero que son puntos de referencia, contenedoras, generadoras de redes. No están ajenos ni ajenas, entonces, a todo el proceso de este trabajo, Gustavo Roldán, María Inés Bogomolny, Ana Siro, Mercedes Mainero, Lucía Robledo, Lilia Lardone, Alejandra Saguier, Laura Roldán, Graciela Montes, Lidia Blanco, que, con sus acom-

pañamientos, experiencias, observaciones e interlocuciones, legitimaron esa tarea, muchas veces sin saberlo.

También quiero mencionar como lugar privilegiado de elaboración sobre estos temas el Taller que se desarrolló bajo mi coordinación en el período 1987-1990 y del que participaron entre otros, Silvia Bacher, Dolores Castillo, Graciela Falbo, Mónica Klivansky, Graciela Lago, Juana La Rosa, Mercedes Mainero, Anahí Rosello, Alejandra Saguier y Roberto Sotelo. De la misma forma, el ininterrumpido Taller que se desarrolló también bajo mi coordinación en el período 1993-2003 y del que participaron: Marinés Bogomolny, Mirta Colángelo, Graciela Falbo, Mirta Goldberg, Roberta Iannamico, María Rosa Mó, Daniel Retamar, Iris Rivera, Lucía Robledo, Alejandra Saguier, Natalia Schapiro, Ana Siro y Fanny Volovnick.

Parto también como referencia para estas reflexiones, del resultado de cursos y talleres con integrantes de distintos grupos de capacitación docente en la Dirección de Enseñanza Artística del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, durante 1999 y 2000. También de los talleres desarrollados en el marco del Proyecto de Capacitación Docente Pampas organizado por la Sala Abierta de Lectura de Tandil y la Universidad Nacional del Centro desde 1999. Durante el año 2001 se llevaron a cabo talleres similares en el marco del Centro de Difusión e Investigación de la Literatura Infantil y Juvenil (CEDILIJ) en la ciudad de Córdoba. Y a todos los docentes que desde aulas y talleres me acercaron trabajos realizados con niños y mediadores.

De aquí en más sólo pretendo contar con el diálogo silencioso que propicia la palabra hecha libro. A todos estos mundos, el agradecimiento de quien como yo, escribe, lanza propuestas al espacio, a sabiendas que en algún lugar, alguien, sabrá arriesgarse para recibirlas.

La construcción del camino lector

Un camino más cercano de lo que se cree

Quiero transmitir estas ideas desde innumerables experiencias realizadas con docentes, de distintos puntos del país, en busca de su formación como lectores. Y también desde mi experiencia de escritora inmersa en las incertidumbres sociales actuales. Quien escribe comenta con su obra lo que le toca vivir, aunque a veces no nombre directamente nada reconocible como propio. Esa obra, ese comentario, puede ser para el escritor el resultado de una exploración, una búsqueda de respuestas, una sonda disparada al infinito. Y puede ser también la misma exploración, la misma búsqueda, la misma sonda que el lector tiene para lanzar hacia un texto.

Me interesa que cada persona logre tener una visión panorámica de lo que es la construcción de su camino lector. No existen lectores sin camino y existen pocas personas que no tengan un camino empezado aunque no lo

sepan. Es importante reconocer la existencia de los textos internos: todo lo que uno percibió, escuchó, recibió por distintos medios, cantó, copió en cuadernos, garabateó, etcétera... La mayoría de las veces, por diversas circunstancias de la vida —llámense falta de memoria, prejuicio, falta de espíritu lúdico, o porque simplemente la cultura en la que vivimos no estimula esa manera de “leerse”—, dejamos este bagaje interno sin considerar.

El camino lector personal no es un camino de acumulaciones ni es un camino recto. Consta de entramados de textos que vamos guardando. Unos van llamando a otros y en ese diálogo de la persona con el texto se teje una trama propia, un piso para el viaje que no es difícil de hacer crecer una vez que se descubre y se valoriza. Muchos de nosotros nos percibimos como no-lectores, y la ansiedad por llegar a “ser lectores”, por cumplir con imperativos no siempre claros, nos lleva a contabilizar sólo lo que leímos, o no leímos, según cánones escolares o académicos generados en base a normas discutibles.

Sin embargo, la mayoría de las personas no carecemos de lecturas realizadas si ampliamos los conceptos de lectura y de lector. Permanentemente hacemos diversas lecturas de la realidad, o a través de la escucha, o en situaciones no formales que no se valoran por considerarse asistemáticas o eventuales: algún texto que nos impactó, fragmentos de poemas o poemas enteros, frases que quedan en la memoria, lecturas imprecisas que no recordamos, pero que ocupan espacio e intervienen en la dialéctica entre el lector y el texto. Me refiero a la más elemen-

tal de las escrituras y la más elemental de las lecturas. La escritura y la lectura del trazo que nos enlaza a unos con otros, del vínculo que cada ser humano va entablando con otros seres y, también, de la multiplicación de estos vínculos que forman redes y tramas en la vida de las personas. Cada gesto que un individuo hace, puede ser leído, generar palabras que lo nombren, generar una escritura. Por eso interesa el lenguaje anterior, la escritura anterior, la lectura anterior a la palabra. Cuando llegamos a la hora de las nanas ya hay un pequeño mundo de trazos, de vínculos posibles de ser leídos, escritos a través de lo sensible. Trazos que después se van entramando en redes. Julio Cortázar en *Rayuela* nos ilumina al respecto:

Pienso en los gestos olvidados, en los múltiples ademanes y palabras de los abuelos, poco a poco perdidos, no heredados, caídos uno tras otro del árbol del tiempo. Esta noche encontré una vela sobre la mesa, y por jugar la encendí y anduve con ella en el corredor. El aire del movimiento iba a apagarla, entonces vi levantarse sola mi mano izquierda, abuecarse, proteger la llama con una pantalla viva que alojaba el aire. Mientras el fuego se enderezaba otra vez alerta, pensé que ese gesto había sido el de todos nosotros (...) durante miles de años. (...) Pienso en esos objetos, esas cajas, esos utensilios que aparecen a veces en graneros, cocinas o escondrijos, y cuyo uso ya nadie es capaz de explicar. Vanidad de creer que comprendemos las obras del tiempo: él entierra sus muertos y guarda las llaves. Solo en sueños, en la poesía, en el

juego –encender una vela, andar con ella por el corredor– nos asomamos a veces a lo que fuimos antes de ser esto que vaya a saber si somos.

Quizás el recuerdo de esos textos y esos juegos nos llenen de ambivalencias, de amedrentadas sonrisas, porque después de todo, es el pasado, es la primera edad que uno tuvo. Eso existe con fuerza y valor fundante. Darle valor a las cosas pequeñas que nos formaron, a lo que creemos que no vale. Dejar filtrar en la escritura lo elemental, trabajar esa materia toda. Con ella, urdir las tramas, basar allí las tramas de los vínculos sociales.

Por eso me interesa hablar especialmente de la construcción del camino lector que cada individuo va realizando de diversas maneras a través de la vida. Camino que para configurarse necesita contar con espacios internos, con disponibilidades abiertas. Estas construcciones, estos espacios, resultan siempre fortalecidos a través del juego con las palabras y la mayor variedad de prácticas realizadas con ellas.

Cuando el deseo de leer nos toca el hombro, quizás sucede porque tenemos instalados deseos previos en relación con las palabras de otros, ordenadas en un texto. Tal vez cuando recurrimos a los textos buscamos algo desconocido, algo que se nos plantea como un puente hacia cosas ocultas, y eso nos puede resultar temible, pero a la vez estimulante para la curiosidad, para satisfacer apetencias que se van generando en los movimientos del ánimo. Aparecen entonces emociones nuevas, inquietudes que

empiezan a habitarnos y no nos abandonan, interrogantes. Es allí cuando apelamos a la relectura para reincidir en esas emociones ya experimentadas, para desentrañar misterios, para satisfacer nuevas apetencias que van surgiendo por el camino que avanza con nosotros.

Textos internos, textos externos: ¿qué hacemos con ellos?

Nos impulsan a vivir “globalmente” en estas épocas de cambios, de fuertes contrastes, de dominios injustos. Pero los significados más profundos se codifican con las personas que tenemos al lado. Los sentidos se construyen en la vida cotidiana. Y transitamos así hasta el propio secreto, el propio silencio, la privacidad y la autonomía tantas veces temidas, y por las que no peleamos, a veces, lo suficiente.

Para propiciar el encuentro de estos dos mundos, el personal y el colectivo, me pareció interesante tomar como eje de trabajo la exploración de cómo se van configurando, en cada persona, los trayectos de lectura. Trayectos que finalmente se convierten en caminos, en recorridos siempre renovables que se entraman con lo construido por cada persona apenas abre sus sentidos al mundo. Y me pareció fundamental instalar esta problemática en la relación docente-escuela. El ser escritora y a la vez docente me ha llevado siempre a buscar vasos comunicantes entre ámbitos difíciles de conciliar como lo son la institución escolar y la literatura. La institución escolar y todo aquello que tenga que ver con el arte, las

realizaciones con tiempos propios, la expresión de las emociones, el libre juego de la sensibilidad personal. En definitiva, la búsqueda de estos vasos comunicantes expresa el deseo de construir un espacio de encuentro para la escuela y para la literatura, el deseo de que nuestras ópticas puedan ser más abarcativas y capaces de cambiar los ángulos de mirada.

No podemos soslayar la agobiante noción de dificultad para cualquier realización que nos dan las políticas estructuradas para el bienestar de pocos, los repartos injustos, el malestar que generan estas situaciones en los ciudadanos. Por eso, en un país donde la educación y la cultura tienen un presupuesto mínimo y las políticas al respecto distan de ser una construcción colectiva, creo que cualquier reflexión sobre el tema tiene que partir de la necesidad de una educación permanente y de la participación del docente y de toda la comunidad en los proyectos. Sugiero que instalemos en esta convocatoria nuestras reflexiones de educadores, escritores, artistas, alumnos, lectores. Pero sobre todo, de ciudadanos y de personas capaces de detectar y destacar los aspectos y quehaceres que aparecen como positivos en nuestro campo, como posibles prácticas alternativas, dignas de ser tomadas en cuenta para hacerlas crecer.

Por eso es importante instalar algunos interrogantes que nos atañen a todos: ¿Cómo calzan la literatura, la lectura de poesía y ficción, el arte, en nuestras vidas, en nuestra comunidad, en el espacio cultural para los chicos, en el espacio escolar actual, en la formación de los docentes?

¿Qué cosas se limitan bajo la definición de “no adecuadas?” ¿Cómo ampliar esos espacios para que la literatura entre de otra manera y cumpla con su función de abridor de caminos? ¿Cómo hacer para que los motivos válidos para rechazar o aceptar un texto literario no sean la longitud, la complejidad —de cualquier tipo— lo que se presume “inconveniente” según edades prefijadas, lo considerado “poco accesible”, triste o muy movilizador, según las miradas más tradicionales o estrechas de los adultos? ¿Podemos pensar en la posibilidad de un cambio?

En los últimos años, al retomar la docencia desde la capacitación, volví a los vaivenes del desaliento pero —con mucha mayor fuerza— a recoger como alimento un número de hechos que corroboraban el sentido de mis búsquedas de cuarenta años de docencia y también de ejercicio de la escritura. Quizás hoy lo posible vaya surgiendo de experiencias pequeñas, individuales, o de grupos aislados entre sí. De lugares asistemáticos y de los sistemáticos no muy presionados por el deber ser, ni por la búsqueda de resultados espectaculares o inmediatos. De los medios rurales, de uno o dos maestros en cada escuela con autoridades permisivas, interesadas o indiferentes pero que dejan hacer, de muchas/os bibliotecarias/os que supieron crear un espacio distinto. De artistas y escritores que a partir de 1984, finalizada la dictadura, pudimos acercarnos a una escuela más abierta y ofrecer experiencias desde otros puntos de vista, estimulando otras conciencias y otros deseos en niños y adultos. De chicos que piden y reclaman, de adultos que responden o no.

Pensemos en los que responden. Hay en ellos una actitud, una intención, de limpiar el campo de juego. Toman conciencia de carencias y deseos, reconocen no haber descubierto los libros hasta que les tocó leer con los chicos. Reconocen haber descubierto experiencias distintas. Así lo manifiestan y se muestran animosos para transitar por un camino nuevo. Manifiestan el deseo de leer también diversos textos para ellos y no solamente literatura para niños. Se les abre un mundo frente a descubrimientos como que la poesía no es sólo palabra ornamental. Y que tanto las lecturas furtivas como la escritura privada e informal que realizaron a lo largo del tiempo tuvieron para ellos un valor formativo. Y así, escuchando, una se entera de que en variados y pequeños lugares se deja de lado y se cuestiona el antiguo pero vigente esquema de cuentos con personajes infantiles que aprenden todo el tiempo sólo lo que quieren sus mamás o sus maestras, cuyas experiencias propias son negadas y castigadas en nombre de la dulzura protectora. Que hay lugares donde las bibliotecas y las aulas se musicalizaron con *Las Preguntas* de Neruda o las *Greguerías* de Ramón Gómez de la Serna. En los que hay espacio —luego de dudas y discusiones— para que *El topito Birolo* averigüe qué es esa cosa maloliente, de sospechoso color marrón que le cayó sobre la cabeza. O *Cándido* desaparezca en la propia nariz del lector en una ingeniosa propuesta visual. Donde el tatú puede morir y anudar nuestras gargantas sin que eso tenga un signo negativo. Donde hay protagonistas que venden estampitas en el subte. Y se instalan también las

vivencias de una niña diferente, aislada de su medio¹. Y ningún lector tiene que pagar con trabajos prefijados, salvo la libre expresión de su asombro, de su inquietud, o el ejercicio del silencio.

Hay maestras que no se privan por nada de sentarse a leer tranquilamente con sus alumnos. Con el tiempo logran que cada uno esté en silencio con su lectura privada y autónoma. Logran, en medio del tumulto, que entre el silencio a la escuela y que cada niño pueda hacer uso de él. Logran el preciado silencio no por disciplina sino porque cada cual descubre el propio y también para que cada cual pueda ponerse de acuerdo con sus experiencias, con el texto literario. O con la fuerza de la palabra que quiere expresarse por escrito en ámbitos donde la emoción no está vedada, ni el tiempo es solamente tiempo escolarizado. Y que este silencio y este concentrado “estar en literatura” —quizás no para un grupo completo en los mismos tiempos— sea considerado la valiosa puesta en juego de disponibilidades para leer y para escribir, que no son lineales, ni iguales para todos. Y que además no se ven inmediatamente reflejadas en el cuaderno, con lo que esta falta de materialización, homologada a “falta de trabajo”, significa hoy en nuestro medio.

Mujeres trabajando

Así se va construyendo el camino lector, con la lectura en

1. Las referencias de los textos literarios a los que se alude se incluyen en el apartado: “Textos literarios citados”.

compañía, pero también con la lectura privada y autónoma a la que nos acerca el deseo y la propuesta del otro que convoca ese deseo. Quizás en este punto convenga detenernos en dos aspectos que siempre me interesa tratar con las maestras. El primero es si cada una de ellas se dio cuenta de que somos una mayoría de mujeres leyendo con o para los niños. El segundo aspecto es si cada una considera que tiene la posibilidad de ejercer su propia lectura privada y autónoma.

Históricamente, las mujeres fuimos narradoras de viva voz, transmisoras de la moral y las tradiciones. Enseñanzas, cuentos y fábulas desfilaron por las antiguas cocinas. Entonamos canciones y oraciones. Leímos la *Biblia* y las vidas de los santos a los niños de las familias cuando nos llegó la hora de la alfabetización. Los hombres escribían y administraban y las mujeres eran lectoras públicas en las parroquias, en las escuelas. Asuntos religiosos, instrucciones prácticas, enseñanzas. Todo a la luz del consenso social. Pero furtivamente y como se pudiera, estaba activada la lectura de novelas, de revistas, de poesías, la escritura de diarios, cartas, la confección de libros a mano cosiendo hojas de los periódicos con los folletines por entregas, pegoteando poemas, bajo el apercibimiento de una cultura que penaba todo esto por pecaminoso, dañino para la salud y por ser un signo irrefutable de pereza. Las mujeres de familia y la literatura eran incompatibles.

Pareciera que éstas son imágenes del siglo XIX, imágenes de antaño. Hace algunos años que investigo y analizo el tema con maestras. Surgen hoy nuevamente dos líneas:

as: la primera, la lectura profesional para formarse, la escritura formal para informar. La lectura pública, desde los puestos de educadoras, de textos útiles que cuentan con el consenso general. La segunda línea, la de la otra lectura que entra a la zona de sombras, que se confiesa furtiva, culposa, curiosa, siempre apurada, de cuentos, novelas, poemas. ¿En qué lugares se realizaron estas lecturas? Debajo de las sábanas, con linterna, en el baño, en gallineros, huertas, a la hora de la siesta, en cualquier lugar oculto, o por lo menos con disimulo, o fuera de casa, en bares, plazas. A la hora en que el deseo se pudiera abrir un hueco para la privacidad. Todo esto en maestras de veinticinco años para en más, de distintas generaciones, y de distintos lugares del país.

Estamos viviendo una paradoja: abogamos por la lectura de literatura y no podemos leer de la manera que la literatura necesita ser leída. Aquí vienen dos puntos que me interesan: la privacidad y la autonomía.

La *privacidad* para leer y para escribir en la vida de cada persona, en la vida del maestro, en la vida de los niños. La privacidad que pone en juego nuestras disponibilidades más profundas, que permite el ensayo y el error, el detectar el momento de la necesidad de recurrir al otro, a los otros. Poder entrar y salir del silencio, sabiendo que está legalizado como espacio.

La *autonomía* para irse independizando, para incorporar los cambios, para usar las palabras que tenemos, las nuestras, y para expresar opiniones.

A las mujeres nos cuesta pensar en estos términos, para

nosotras primero, y más aún para con los chicos. Me consta como coordinadora de talleres de escritura de largo desarrollo, que generalmente el primer trabajo consiste en conseguir el espacio interno para aceptar la actividad.

Yo me estaba acordando —comenta una maestra²—, que se dice que el tiempo para leer, como el tiempo para amar, hay que robárselo a la vida. Es un tiempo que uno tiene que robar a otras cosas.

Y otra reflexiona:

Nos cuesta todavía pensar en el arte en general y sobre todo en la literatura como construcción personal y darle la misma importancia que a otras cosas.

Otra ex alumna, actual colega, participante de estas reflexiones, me comunica:

Claro que es muy difícil generar esto en momentos prestados, casi robados a otras cosas que suenan más importantes, más urgentes. Tal vez la escuela se encuentre en la necesidad de legalizar esos momentos de encuentro con los libros y con otros lectores como sencillamente eso: momentos de encuentro con los libros y con otros lectores. Y para que la escuela genere una necesidad tienen que empezarla los maestros en su tarea cotidiana. Enseguida surge la pregunta

2. A continuación se transcriben reflexiones de docentes sobre clases coordinadas por mí y registradas por Alejandra Saguier —Taller de Capacitación Docente— Dirección de Enseñanza Artística —Ciudad de Buenos Aires— 2000.

que salió de este curso: ¿para qué leer? Bueno, esto es algo que hay que bucear en cada uno pero no necesariamente a solas. ¿Qué nos pasa cuando comentamos un libro con otra persona? Tal vez un precipitado de ideas, de emociones, de palabras de otros que se nos hacen nuestras.

Estas son claras formas de expresar tomas de conciencia sobre la necesidad de tener momentos de lectura privada. Si no conseguimos ese espacio interior que por supuesto se refleja en el espacio exterior, si no lo defendemos, si no dejamos de leer como si robáramos algo, mal vamos a transmitir a los chicos esas nociones para ayudarlos a formarse como lectores.

El docente creativo e inquieto se siente aislado, abandonado, y presionado por los que practican la insensatez. Sería bueno buscar estrategias de conexión y crear espacios en los que las pequeñas acciones se sumen y crezcan. Sé de maestras que se procuran el tiempo leyendo en voz alta a su bebé; que inicia en lo mismo a su marido. Que abre un espacio de preguntas amplias de ella hacia los chicos y de los chicos hacia ella.³

3. A continuación se transcriben reflexiones de alumnos de 5º grado de la Escuela N° 8 de Soldati (Gobierno Autónomo de la Ciudad de Buenos Aires). Tales reflexiones se obtuvieron en el marco de un trabajo realizado por la docente Beatriz Gualtruzzi con la coordinación de Mercedes Mainero. Las reflexiones se transcriben tal cual fueron escritas por los chicos sin ningún tipo de normalización con el propósito de poner en evidencia la fuerza comunicativa de las ideas infantiles más allá de sus dificultades ortográficas y gramaticales.

Seño, ¿a usted le gusta escuchar si venimos de otra provincia o de otro país?

¿Por qué la directora se fija mucho en la prolijidad y el director en las faltas de ortografía?

¿Por qué hay mujeres cuando se casan después se ban a los boliches y se drogan y después se ba a la casa de otra persona que encuentra en el boliche y hacen el amor en la cama y el marido no sabe nada?

¿Cómo se harán las cosas de lata?

¿Por qué estoy en Buenos Aires y no en Salta?"

Seño, a mí me gustó cuando todo el grado cantamos el Romance de la Catalina.

Seño, yo aprendí a releer, a no pelear, a dejar hablar al otro y a estar en silencio cuando no estudiamos para alludar al prójimo.

En fin, cosas verdaderas, granos de arena, puntas de trabajo, acciones concretas que quiero mostrar. Los conflictos nos abruman. O bajamos la cabeza o seguimos, sabiendo con modestia que muchas cosas que uno trae valen, y que es mejor aportarlas que guardarlas. Y que para mujeres trabajando al fin, no hay nada mejor en un mundo de califas y oropeles que ser Scherezadas y valo-

rar la artimaña creativa, que es nada menos que *el arte de darse maña* para que las buenas palabras crezcan.

Algunas puntas de este ovillo

Para facilitar esta búsqueda comencé hace muchos años un trabajo en el que se apela al descubrimiento y la exploración de los textos internos⁴. Por más que se lo niegue, siempre existen las palabras guardadas. Hay que hacerlas aflorar. La gente sale más rica de este tipo de exploración que conduce a la sorpresa y a la reflexión. Sale poseyendo cosas que no sabía que tenía. Y algunos revalorizan lo que desdeñaron en otros momentos y en otros ámbitos. Por ejemplo, dichos familiares o de origen popular, dichos antiguos de abuelos, madres y padres sentenciosos, personal de servicio, niñeras, gente de campo, palabras de las religiones o de la inmigración.

Cielo con lana / lloverá hoy o mañana.

Viento del este / agua como peste.

Siempre que llovió, escampó.

Conozco los bueyes con los que aro.

Teresa poné la mesa / y si no hay pan poné tu cabeza.

Estoy hasta el moño.

El que toca nunca baila.

El miedo no es zonzó.

4. Estos trabajos con y sobre los textos internos se iniciaron con mis primeros pasos como maestra en el año 1957 y fueron creciendo con todos los desempeños docentes y participaciones en planes de lectura y actividades afines en distintos puntos del país.

Estos dichos conllevan verdades y mentiras de las experiencias cotidianas regionales y a veces universales. Nos vienen trayendo antiguas y a la vez actuales realidades que por su origen popular o campesino se soslayan o no se valoran. La pregunta que surge es ¿por qué no reconocer que podemos pensar en el clima desde lo que percibe y siente el cuerpo y no únicamente desde los grados que nos informa el servicio meteorológico? ¿Por qué no valorar la creación de metáforas que surgen de esas experiencias "faltas de status" si son formas válidas para ver, interpretar y expresar la realidad? Cuando cada persona descubre sus variados textos internos, abre un amplio campo alternativo donde se empiezan a valorizar las disponibilidades poéticas o disponibilidades narrativas o disponibilidades para leer, para escuchar, para tener ritmo, etcétera. Se toma conciencia de que, en definitiva, el sonido de la vida está antes que el sonido de la palabra y que las formas poéticas no son formas puramente técnicas y racionales, creadas por un escritor en su escritorio. Todo eso viene de mucho más antiguo, pasó por muchas personas y sus respectivas culturas. Viene de las costumbres y del sentido que las costumbres tienen en cada lugar. Viene del mecer, del latir del corazón, del dolor, de los sofocones de los juegos, del miedo, de la risa, de la tonada de la región, de los bailes, y de todas las emociones y sensaciones. Lentamente esta materia se va plasmando, por medio de la palabra, en manifestaciones poéticas, en narraciones. Desde allí se generan también —y no como instancias separadas— modalidades de cantar, formas y tonos de decir, formas de

contar. Son los ritmos internos que, después, cuando alguien se expresa artísticamente, los muestra como un estilo particular y los instala nuevamente en su cultura.

En todas las manifestaciones de la literatura popular, en el folclore, en el romancero, en las poesías tradicionales, en los cuentos, en los dichos, en los chistes, en el folclore doméstico que se origina en cada hogar, hay una instancia estética decantada por el tiempo. Basta con recorrer el bagaje de poemas, historias, canciones, ritmos, recuerdos vinculados con las palabras que cada persona conserva, para descubrir la punta del ovillo del imaginario compartido de una familia, de una región, de un país. La apuesta consiste en vislumbrar y construir nociones de pertenencia y conciencia crítica.

Quizás lo más importante sea trabajar sobre la toma de conciencia de la existencia concreta de un imaginario colectivo que hace pie en la cultura de la vida cotidiana no fabricada por la TV. Patrimonio creativo que no necesariamente forma parte de lo que los medios de comunicación masifican y privilegian, aunque muchos elementos de esa licuada cultura se integren, se mezclen, dentro de este imaginario colectivo que nace en otras fuentes: afectivas, vinculares, profundas.

Advertir la existencia de este imaginario diferente es instalar una mirada crítica en la cultura oficial y su sistema de relaciones. Y desde allí, avanzar hacia donde se pueda, a sabiendas de que trabajamos en el terreno de las incertidumbres. La globalización es un hecho, no nos da la posibilidad de aceptarla o no. Por eso, trabajar a sabien-

das con las incertidumbres, esgrimir las dudas, es pensar de una manera diferente, abrir espacios.

Estamos insertos en países, políticas y culturas que son expulsivas de los que tienen menos. Pienso en los chicos de la calle de todos nuestros países latinoamericanos, por ejemplo, o en el más de un millón de chicos argentinos de entre cinco y diecisiete años que no van a la escuela. Pienso en que académicos de la lengua reunidos en un congreso en Soria, España, coincidieron en que los culebrones televisivos eran el remedio que la lengua española e iberoamericana necesitaba. Cito una nota de *Clarín* del 20 de julio de 1996: "Al hacerse plenamente inteligibles (los culebrones) en cualquier ámbito geográfico del idioma, han evitado las disonancias y rechinamientos que la exagerada fidelidad local podría producir en otros territorios". Dando por hecho que la fidelidad al habla es una disonancia y un rechinamiento para el idioma.

Es indispensable ser conscientes de que la cultura tiene redes que nos abarcan a todos, aún a los que se desea expulsar; que mal o bien pertenecemos a un marco común, en mi caso, al pueblo argentino, al idioma castellano. Y que todos compartimos semejanzas y diferencias con otros países latinoamericanos.

De lo personal a lo colectivo

A veces es bueno provocar desde los propios descubrimientos. Por eso propongo un viaje a través de algunos textos que cacé, tejí y enganché y que ya compartí varias

veces con muchísimas personas que, a su vez, hicieron sus propias búsquedas. "Pido gancho" –dirían los chicos en sus juegos– para que me dejen llevarlos como si los hiciera bailar, los meciera o ¿por qué no? los embrujara un poco.

Había una vez el va y el ven, el va y ven, el vaivén, de un arrorró mi niño, arrorró mi sol, arrorró pedazo de mi corazón. Duerme, duerme negrito, que tu mamá está en el campo, trabajando, duramente trabajando. Ay que viene el coco a comerse a los niños que duermen poco. Noni noni noni, mm, mm, mm, scht, scht, scht...

Un día el arrorró mi niño hizo tortita de manteca, para mamá que le da la teta, tortita de cebada, para papá que no le da nada. Y entonces, éste cazó un pajarito, éste lo desplumó y este pícaro se lo comió. Y siempre el tilín tilín, el chas, el broom, el guau, el pío, el cocó, el tolón, el ¿QUÉ?... Eto, eto, ¡cá tá! Y entonces vino un gato que tenía calzón de trapo y la cabeza al revés, ¿Querés que te lo cuente otra vez? No me digas sí porque los zapatitos me aprietan, las medias me dan calor, y aquel mocito de enfrente me tiene loca de amor. No me digas no porque a Juancito de Juan Moreyra hay que darle la escupidera, que anoche comió una pera y le vino una cursiadera. Todo porque Cenicienta quería ir al baile del príncipe y la madrastra no la dejaba. Mientras tanto, Blancanieves vivía en el bosque con sus siete enanos. Y siempre, el chungu chungu, el crak, el ring, el blablá. Y diostesalveMaría... Elfrutodetuvientre-

Jesús. (¿Qué es tesalve? ¿Qué es tuvientre Jesús?). Y entonces, un día, ALA, A-LA, A-L-A, A-LA, ALA. Alas para la gallina turuleca que sentada en el verde limón, con el pico cortaba la rama, con la rama cortaba la flor. Pero cuando los cinco patitos se fueron a bañar, escucharon: febo asoma, sordos ruidos oír se dejan tras los muros del histórico convento (¿Qué ruidos hacen los sordos detrás de los muros?) Bum burumbum, pam papám. Bum burumbúm, pam papám, viene la murga. Yo por vos me rompo todo, y te vengo a saludar, y a decirte que el gobierno, de hambre nos va a matar. Bum burumbúm, pam papám. Mamá eu quero, mamá eu quero mamá. —¿Qué gusto tiene la sal? —preguntó Hansel a Gretel con la boca llena de casita de chocolate. —¡Salado! —contestó Pinocho mientras se tiraba al mar desde la boca de la ballena, llevándose a Gepetto al hombro. La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?, los suspiros se escapan de su boca de fresa. —Este año, sin regalos, no va a parecernos que estamos en Navidad —dijo Jo con disgusto. —A mí no me parece justo que algunas tengan tantas cosas bonitas mientras que otras no tienen nada —añadió Amy. —Tenemos a mamá, a papá y nos tenemos las unas a las otras —dijo Beth. —¡Esta familia es una cooperativa! —comentó Mafalda, mientras Susanita declaraba que las casas tienen que ser como la del hornero, que tiene sala y tiene alcoba, y aunque en ella no hay escoba, limpia está con todo esmero. Pero:

Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis. Todo de angauí nomás. Por eso Malena tiene pena de bandedoneón: todos los viernes el amaño se le convierte en lobizón. Se no é vero, é ben trovatto. Y así fue como la luna vino a la fragua con su polizón de nardos. Los flamencos bailaban y bailaban con sus medias coloradas, blancas y negras. Y despertaron a Alicia que venía del país de las maravillas, y allí estaba Batman, esperándola. —Bésame —cantó—. Bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez. Se callaron las luces, se encendieron los grillos, y una música los abrazó. Era Lisa Simpson en un solo de saxo. Y colorín colorado, seguramente este cuento no se ha terminado.

Es posible que al compartir este texto encontremos algunos elementos o algunos climas conocidos por todos. Que nos pongamos en actividad y evoquemos otras imágenes que aquí no estuvieron, que percibamos en ellas otras resonancias, que nos asalten las ganas de comunicar a otros lo que sentimos y descubrimos, y hasta que pongamos en juego una disponibilidad distinta para escuchar, para leer o escribir. Esto sucede cuando reparamos en los textos que llevamos adentro, combinados de mil maneras diferentes. ¿Tenemos conciencia de los textos que llevamos adentro?

Cada uno de nosotros fue construyendo una textoteca interna armada con palabras, canciones, historias, dichos,

poemas, piezas del imaginario individual, familiar y colectivo. Textotecas internas que se movilizan y afloran cuando se relacionan entre sí. A la manera de las retahílas infantiles podemos decir que en cada persona hay muchos textos, que la unión de los textos de muchas personas arman los textos de una familia, de una región, de un país. Las formas literarias no son arbitrarias, no nacen sólo por una voluntad estética de las personas que escriben, de los pueblos que escriben, nacen porque suelen ser una manera de construcción que circula y moviliza. ¿Qué relación hay entre el reconocimiento de los textos internos y la literatura? ¿qué relación hay entre la presencia de la literatura en la escuela y los textos internos? Estos textos constituyen el piso para que la literatura tenga presencia cotidiana, el lugar en el que se puede hacer pie para dar el paso natural hacia la lectura en el sentido más creativo. Para que, cuando llegue el momento, se pueda hacer crecer lo que se tiene.

Reconocernos en los textos compartidos nos da noción de pertenencia, de “venir con un pan debajo del brazo”, de estar en una trama común que de alguna manera nos respalda. El paso siguiente será relacionar este patrimonio personal con todo lo que hay en la biblioteca. Si es que hay biblioteca. Y si no, crea una necesidad, nace el deseo de apropiarnos de más textos. Reconstruir las huellas de lo que traemos da también noción de propiedad de ese material, que luego vincularemos a los libros, cuando llegue el momento.

Todos los textos internos que poseemos provienen de

algún vínculo afectivo o de circunstancias cargadas de afectividad. A veces esto hace que nuestro texto interno sea prestigioso ante nuestros propios ojos, a veces ocurre lo contrario y lo ocultamos: sentimos quizás como bello el poema transmitido por la maestra que quisimos:

*No son los muertos los que en dulce calma, / la paz
disfrutan de la tumba fría / muertos son los que tie-
nen muerta el alma / y viven todavía.*

Pero a la vez ocultamos la palabra de la abuela india o la canción del legendario inmigrante borrachín de la familia.

Los actuales criterios de globalización nos llevan —en los países latinoamericanos— a que descalifiquemos aún más ese bagaje privado y compartido simultáneamente. Lo importante es poder reflexionar sobre el interjuego de estos elementos, sobre nuestra lengua, la escritura, la lectura, aquí y ahora. Y sobre todo, pensar en cómo enriquecer los textos internos de nuestros chicos para que sus bagajes no sean sólo bagajes masificados.

La realidad nos dice que muchas veces, encerrados dentro de distintos roles profesionales, no tenemos idea muy clara de nuestros textos internos. Muchos de nosotros no sabemos *leernos*, y cuando queremos leer literatura lo hacemos con esa carencia y desde el rol. ¿Qué sucede cuando las personas nos salimos de los roles durante un rato y ponemos en movimiento nuestra textoteca interna? Tomamos conciencia de que tuvimos un camino de palabras en el que se puede hurgar y que se puede seguir construyendo. A fuerza de escuchar y realizar distintas lectu-

ras se nos configuró un piso en el que tanto lo que se incorpora como la forma en que se incorpora van determinando las variables del crecimiento lector. Nos enteramos también de que lo adquirido no vino sólo a través de los libros, ni de un solo libro, ni de un solo tipo de actividad, y que además este camino está lleno de vaivenes y no tiene nada de lineal. Me parece oportuno subrayar que una de las riquezas de la lectura se encuentra en la relectura de muchos textos. No en la media hora dedicada a leer hoy, aquí y ahora, sino en los distintos regresos físicos y anímicos que podemos hacer a los libros. Tal vez valga la pena que pensemos mucho en esto quienes trabajamos con chicos y nos sentimos a veces programados a plazo fijo. Que lo piensen también quienes no trabajan con chicos y no leen, pero quieren que los chicos lean.

La textoteca interna ya reconocida se encuentra un buen día con la biblioteca. Es inevitable. ¿Qué tipo de biblioteca? Cualquiera. Pero para los que estamos afanados en este tema pienso que la mejor es la que definió Italo Calvino:

Esa biblioteca debería comprender por partes iguales los libros que hemos leído y que han contado para nosotros, y los libros que nos proponemos leer y suponemos que van a contar para nosotros. Dejando una sección vacía para las sorpresas.

Y a los escritores, ¿qué nos pasa cuando movilizamos nuestros textos internos? Puedo responder por mí, pero creo que representa a mucha gente que hoy trabaja en la

Argentina. Hacemos pie en el adentro para comunicarnos con el afuera, sin demasiadas garantías. Personalmente hago pie en el adentro para gambetear, tentaciones y demandas, como instalarse en la escritura más cómoda y quedarse allí, decir sólo lo que se quiere escuchar y está prestigiado por la moda; responder conciente o inconscientemente a las demandas de las editoriales, que quieren responder a las demandas del mercado, que quieren responder a las demandas de la escuela, etcétera, etcétera. En los textos internos hace pie el *estado de escritura* en el que uno tiene que zambullirse para poder escribir. Estado de escritura que se corresponde ajustadamente con el *estado de lectura* en el que se necesita entrar para poder leer de verdad. Ambos estados son parecidos y son más bien *disponibilidades*. La tan simple y sencilla lectura puede llegar a encubrir marejadas y movimientos internos que de afuera no se ven. A tal punto que nunca falte quien nos diga: "Pero dejá de leer, andá a hacer algo".

¿Y con los chicos que descubren su textoteca, qué pasa? Se ponen curiosos y hacen preguntas. De todas las preguntas que recibí durante encuentros en escuelas, las más repetidas que registré son: "¿de dónde salen los cuentos?", "¿te equivocás al escribir?". Abordan precisamente dos temas centrales, el origen y el instrumento de la escritura. Trato de responderles de la manera más aproximada, ya que no es fácil la respuesta ni hay una sola. A veces les hablo de la teoría del huevo. Una va en el colectivo, o se está bañando y de pronto aparece una palabra, o un personaje, o una vieja idea que va tomando cara de nueva y

empieza a ocupar lugar adentro de una y a convertirse en algo parecido a un cuento. Y empuja y nos acompaña. Rueda por dentro, esté donde una esté. Y un buen día, no se sabe bien cuál día, la idea, o el cuento o lo que sea, empieza a redondearse, aunque no le veamos bien la forma todavía. Y una empieza a ponerse nerviosa. Como las gallinas, empieza a buscar un lugar para poner. A veces es el escritorio, a veces un bar entre una actividad y otra, otras veces el anotador de la cocina. El cuento o lo que sea, empuja. Y una se alborota, da vueltas y escribe las primeras palabras. Si se puede seguir, se sigue. Ya está puesto el huevo. A una le dan ganas de cacarear. La diferencia con las gallinas es que ellas lo ponen todo, redondo y terminado. Una no. Ya es bastante con que salgan las primeras líneas que, muchas veces, terminan siendo las últimas o las del medio. Este comentario es muy a vuelo de pájaro respecto a la pregunta ¿De dónde salen los cuentos?

Con respecto a la otra, a si me equivoco al escribir, me parece importante llevarles a los chicos un texto en borrador, de esos que aún quedan por suerte, previos a la computadora. Allí ellos pueden "leer" respuestas: la autora tacha, cambia las palabras, escribe en los márgenes. Esa hoja parece que tiene dos cuentos, uno a máquina y otro con birome, entre líneas. Entonces la autora prueba y corrige, compara y reemplaza, abolla las hojas como si fueran pelotas y a veces las vuelve a estirar para ver lo que había escrito antes. Entonces escribir lleva tiempo, no se llega así nomás a la primera oración, a la primera cartita. Pero si hay deseo, sí se llega.

Me pareció importante mencionar aquí algunas ideas y circunstancias que acompañan al acto de escribir, a los procesos, los temores, las pasiones, las búsquedas y los trabajos que hay detrás de algunos textos que aparecen como sencillos. Quizás sean los mismos procesos, temores y pasiones que tienen quienes empiezan a leer y a escribir, quienes movilizan sus textotecas y empiezan a pescar. Sería importante ayudarlos desde la misma disponibilidad. Fundamentalmente a enriquecer la textoteca para después poder hacer pie en ella.

Hacia una lectura privada y autónoma, hacia una sociedad que pueda empezar a leer

Entre los recursos más eficaces para el crecimiento del camino lector, tanto personal como grupal, están el reconocimiento del deseo de leer y la satisfacción de tal deseo a través de los más variados textos. En especial los de ficción y poesía. En nuestros países latinoamericanos el discurso oficial "reza" su reconocimiento a la importancia de la lectura. Pero en la práctica, para que eso se cumpla, es necesario el libre y amplio acceso a los libros. En nuestro país los ciudadanos no cuentan con suficientes libros para poder ser lectores. Una buena manera de sojuzgar a los pueblos está en ponderar la educación y los libros, boicoteando a la vez aquello que se pondera. No obstante eso, trabajando a brazo partido, se logran espacios para el desarrollo de acciones y pensamientos. Espacios aislados, sin el apoyo adecuado, —no sólo de los gobiernos, sino

también de la propia sociedad—, pero espacios al fin desde los que se puede afirmar categóricamente, de hecho y de palabra, que es imprescindible que todo el mundo pueda leer cuentos, novelas, poemas, teatro, como una práctica cotidiana. Lo recomiendo especialmente a los adultos en general, que siempre andan preguntando ¿cómo podemos hacer para que los chicos lean?, y a los docentes en especial, por su responsabilidad social en la formación de lectores. Crear espacios de lectura para ampliar el mundo, descubrir y aceptar múltiples formas de decir las cosas, conocer más de nosotros mismos al tener un diálogo diferente con la cultura escrita, aprender a no quedarnos en la cáscara de la realidad.

La literatura y el arte plantean universos complejos y ricos —no necesariamente difíciles— que no se perciben sólo por la vía puramente racional o por el conocimiento erudito de las técnicas del lenguaje. Ese conocimiento llega también a través del camino lector que se va construyendo. Si no frecuentamos esos diálogos con autores de obras literarias, vamos perdiendo capacidades y cierta disponibilidad que en algún momento nos puede hacer sentir que leer cuentos y poesía no sirve para nada o es una pérdida de tiempo. De la mano de cuentos y poemas se puede llegar, quizás, no demasiado lejos, pero sí hondo, e instalar una forma diferente de estar en el mundo. En la ficción, en la poesía, hay ideas, nociones, sensaciones, obsesiones, que pueden llevarnos a leer y sentir la realidad de otra manera. A veces, a ver lo que no vemos y sin

embargo está ahí, a captar una puerta posible de abrir, a activar el deseo y la fe por lo desconocido.

No sé qué pueden hacer unos padres, unos profesionales de la educación, de la salud, o de cualquier orden, más un cuento, más un chico violentado por esta realidad y por la cultura de mercado. Pero sí sé que si cada profesional, cada persona encuentra su zona de cuento, su zona de poema, va a saber qué hacer con ellos. Quizás escuchar, más que aleccionar o prescribir como respuesta rápida. Ayudarlos a descubrir que pueden vibrar como ha vibrado antes quien lo incita ahora a la lectura, a ponerse curiosos o tristes con las emociones y chispas que el escritor puso en su cuento. Respetar los silencios y ensimismamientos después de leer o escuchar leer un texto. Contagiar el gusto por leer y no sólo “el hábito”, la costumbre por vía voluntarista y racional.

Una biblioteca variada en la comunidad, en la casa o donde se pueda, los adultos leyendo y hablando de lo que leyeron, compartiendo párrafos, contando el cuento y lo que el cuento les hizo sentir, hacen más que los cuestionarios de “comprensión lectora” en los que se delegan a veces falsas responsabilidades. Logra transmitir una actitud vital. Quien no sufre o goza o se activa con la lectura o cualquier otra actividad, difícilmente pueda transmitirla, como se transmiten las actitudes amorosas. Leer para nosotros mismos, para los demás, con ellos —chicos o grandes— con toda honestidad. O no pretendamos que los chicos sean lectores.

Del otro lado de la trama, el autor, al disponerse a escribir, toca zonas misteriosas donde viven como peces las cosas que provocaron emociones profundas. La taquicardia de la angustia o la trasgresión, la risa, el odio, el miedo, el amor. Son movimientos internos que se transmiten a través de la palabra y sin que necesariamente figuren como tema de lo que se escribe. Vaivenes, ritmos poéticos. Las auténticas obras literarias salen generalmente de esta zona, de adentro hacia fuera. Es un proceso cuyo resultado es un texto que tal vez no sea el que el autor pensó al comienzo. Ahí, o quizás antes, nunca se sabe, comienza la parte artesanal: trabajar, ser orfebre de esa materia que va generando con sus palabras para luego encontrarse con la interioridad del lector. Esto sucede cuando se escribe para cualquier interlocutor, de cualquier edad. Quizás después vengan ajustes y regulaciones, correcciones siempre necesarias. Pero cuando los textos no pasaron por la zona misteriosa, cuando transitaron sólo las razones de la razón y la pura intencionalidad, es difícil que aparezca el objeto artístico.

No creo ni en el uso instrumental de la literatura, ni en la creación de historias escritas expresamente para que los chicos no tengan miedo, comprendan problemas familiares, o superen traumas particulares. No creo en el uso unidireccional de ningún cuento ni del arte en general. Sí confío en la conexión amplia, libre, recurrente, curiosa, afectiva con la obra artística. Confío en la eficacia de esta conexión con pocas normas fijas porque es la que crea

una zona para dejarse ser. Quizás una de las pocas y verdaderas zonas de libertad.

Al final de estas reflexiones nacidas de experiencias compartidas con tanta gente, propongo recorrer otro enganchado confeccionado con fragmentos de textos⁵ y de registros de talleres. Participantes con diferentes exploraciones sobre sus procesos lectores, reflexionaron, dijeron, discutieron y elaboraron trabajos escritos que hoy enriquecen esta tarea:

Comprobé que uno está más poblado de textos de lo que creía...

Descubrí que tengo ganas de leer, que hay bastante todavía capaz de darme ganas, que me dejo quitar el tiempo de hacerlo...

Descubrí que no importa en qué lugar estoy hoy ni cuánto "camino" recorrí, sino que siempre se está a tiempo para comenzar o seguir. Mi camino por ahora es cortito...

Somos textotecas ambulantes que pueden ser consultadas por otros y por nosotros mismos...

5. Los fragmentos de textos que se citan fueron elaborados por distintos participantes de una serie de talleres vinculados con la construcción del camino lector. Los mismos fueron coordinados por mí y la Lic. María Inés Bogomolny durante el año 2001 en el marco del CEDILIJ –Centro de Difusión e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil–, en la ciudad de Córdoba.

Ahora me enfrento a mi propio camino lector. Comienzan hablando de un camino. Algo personal. Todos opinan. Comparten. Yo pienso y siento. Puedo verme caminando sin detenerme jamás, empiezo a revisar momentos de mi propia vida. En todos aparece la lectura vinculada a todos los cambios, a las búsquedas, a las elecciones, al poder [...] Y entonces voy atrás, muy atrás en el tiempo. Son todos los textos que tengo dentro y he ido juntando a lo largo del camino. El grupo ayuda, van y vienen las palabras, se deslizan como por toboganes, atropellan y chocan contra las historias ajenas, se hacen una en las historias comunitarias [...] Renacen textos cantados, insultados, recitados entre lágrimas, leídos mil veces y dichos otras tantas [...] ¡Tengo tanto para decir!...

No olvidaré estas noches en que los escritores me tomaron por asalto, en medio de la oscuridad y el fuego, y con tesón me decían sus textos, y era como si cada uno de ellos fuera conformando en mí un tejido, una malla de sueños, tristezas, risas, historias y personajes que de uno u otro modo se me parecían, me hacían vibrar con el raro privilegio de poder ver mi vida entera, la construcción que era yo —carne y sangre con las palabras— camino propio andado y desandado y —a la vez— persona ‘caminada’ por el poder de los textos...



Nº 7907
 Dirección General de Escuelas
 Dirección de Enseñanza Media
 Esc. Nº 4.41 "Antonio Garmín"
 Isla de Salta - 5600 San Rafael - Mier.

Estar en poesía

Y, sin embargo, la poesía continúa, tal vez porque encuentra, como Juan Rulfo dijo, el dolor de la gente como una esperanza.

JUAN GELMAN

Ser y estar en poesía

Cada vez que me dispongo a perfilar algunas ideas sobre la poesía y sus alrededores, entro en caos. No es fácil encontrar calles, carriles que vengán bien, salvo el poético. Sólo ritmos de poemas, dichos poéticos y vértigo de imágenes que no encuentran sus palabras. Y un sonsonte: ¿cómo hago para hablar de esto con un mínimo de claridad? Y le pido ayuda a T.S. Eliot, que me dice:

*Te mostraré lo que es el miedo
 en un puñado de polvo.*

O acudo a León Felipe:

*Deshaced ese verso.
 Quitadle los caireles de la rima,
 el metro, la cadencia
 y hasta la idea misma.
 Aventad las palabras,*